

## ÓRDENES DE PRESBITERO Y DIÁCONOS

1 julio 2018, Catedral de Cádiz,

Muy queridos hermanos sacerdotes, seminaristas, religiosos y religiosas, pueblo santo de Dios. Muy queridos Pablo, Gabriel, Juan Carlos:

Nuestro presbiterio y toda la comunidad diocesana se alegra hoy por vuestra ordenación, querida y esperada en este Año de gracia jubilar. Os presentáis ante mi, guiados por vuestros formadores, porque habéis escuchado la llamada del Señor que, ante el grito de su pueblo, busca a quien enviar en su nombre. Escuchasteis que decía: “¿A quién mandaré? ¿Quién irá por mí?”. Y habéis respondido como el profeta Isaías: “Aquí estoy, mándame” (Is 6,8). Posiblemente algún sacerdote os ayudó a escuchar y a responder. Hermanos sacerdotes: dejad a los jóvenes que escuchen la voz del Señor, que sigue llamando a través de nosotros. Que ante los sufrimientos y la desesperanza de los hombres oigan a Dios que sigue mendigando nuestra generosidad y preguntando: -“¿A quién mandaré? ¿Quién irá por mí?”, para que muchos de corazón generoso y desprendido que quieren seguirle le respondan: -«Aquí estoy, mándame.»

Vosotros –queridos ordenandos— venís hoy después de un discernimiento más cabal. Una vez que habéis llegado a estar identificados con el corazón y los sentimientos del Buen Pastor en estos años de formación, Cristo os llama a través de mi persona para que le entreguéis la vida en el ministerio apostólico en este servicio en favor de la salvación de los hombres. Sólo el Señor Jesús es el sumo sacerdote del Nuevo Testamento, que ha constituido en Él un pueblo sacerdotal. Pero, de entre todos sus discípulos, quiso elegir algunos en particular, para que ejercitando públicamente en la Iglesia, en su nombre, el oficio sacerdotal a favor de todos los hombres, continuaran su misión personal de maestro, sacerdote y pastor, cooperando así para construir el Cuerpo de Cristo, que es la Iglesia, Pueblo de Dios y Templo del Espíritu Santo. Como Él había sido enviado por el Padre, Él envió a su vez en el mundo primero a los apóstoles, luego a los obispos, sus sucesores, a los cuales finalmente se les dio como colaboradores los presbíteros, que unidos al ministerio sacerdotal son llamados al servicio del pueblo de Dios, y, finalmente, los diáconos.

Quien os ha llamado es Jesucristo, el Señor. El es el servidor fiel que nos descubre el misterio del amor del Dios, el verdadero diácono que se nos ha dado. Todo ministerio eclesial —también el sacerdocio y el episcopado— tiene que ser diaconía. El Señor mismo sigue siendo para nosotros diácono durante toda la vida. Vuestra misión es, por tanto, —como presbítero o como diáconos— hacer presente al diácono Jesucristo en el tiempo de la Iglesia, esto es, hacer real el mandato del amor. Os ha llamado a un servicio de amor. Así pues, se os encomienda la caridad, el cuidado de los enfermos y de los que sufren, pero también dar algo más que no puede dar ninguna organización ni medicamento alguno: la compasión, la misericordia de Dios, el sentido de la vida que hace valioso cualquier sufrimiento.

Queridos ordenandos: La salvación que ofreceréis es la Verdad. Ejercitando el ministerio de la sagrada doctrina seréis partícipes de la misión de Cristo, único

maestro. Dad a todos esa Palabra de Dios, que vosotros mismos habéis recibido con alegría. Es necesario que la verdad del evangelio sea predicada a todo el mundo, porque la verdad, que es Dios Amor, es la salvación del hombre. Anunciad, pues, el valor de la vida, el amor y la familia, el verdadero matrimonio, la justicia y la fraternidad, pues la predicación ha de llevar al extraviado a la conversión, a la realidad más fuerte y duradera de la vida, a su sentido más profundo, y, con ello, a la esperanza. El amor necesita siempre la palabra de la fe para poder salvar sin caer en ideología o en obstinación. Como ha hecho el Verbo De Dios hecho hombre, nuestro primer servicio como mensajeros es anunciar el evangelio a todos, proporcionar el pan de la Palabra de Dios. Por esto, para ser profetas, hemos de escuchar, ser “oyentes” de la Palabra: permaneced siempre en la escucha, en el coloquio íntimo con el Señor que habla al que le abre el corazón, para que, por la palabra y por el ejemplo, podáis construir la Casa de Dios que es la Iglesia. Que vuestra predicación llegue al corazón.

En efecto, nadie es digno ni capaz para realizar esta misión. También vosotros habéis dicho: « ¡Ay de mí, estoy perdido! Yo, hombre de labios impuros, que habito en medio de un pueblo de labios impuros.» (Is 6,3). O como Simón Pedro que se arrojó a los pies de Jesús diciendo: “-«Señor, apártate de mí, que soy un pecador». Sin embargo, queridos hijos, podéis confiar en el Señor que os dice: -«No temas; desde ahora serás pescador de hombres»” (Lc 10,11). Dios no solo ha perdonado vuestros pecados, sino que ha quemado vuestro corazón con el ascua ardiente de su amor, comprometiéndoos en una autentica consagración, en vuestro proceso de formación. Demos gracias a Dios por ello y a vuestros formadores y sacerdotes acompañantes con los que el Señor ha educado y entrenado la personalidad sacerdotal, curtidura para la entrega, la paternidad sacerdotal, para el servicio abnegado, para la intimidad y ascesis del pastor.

Para servirle en el ministerio sacerdotal ha tocado vuestros labios y el corazón suscitando con el don de la vocación la entrega de la vida en los consejos evangélicos por los que os comprometéis, con la ayuda de su gracia, a vivir desprendidos de la preocupación por vuestros bienes materiales, de vuestros afectos y de vuestra libertad, prescindiendo de vosotros mismos. Esto es lo que significan los votos que hacéis hoy: abandonados en sus manos fuertes y amorosas, confiáis en su designio, dejando que sólo su amor os llene y os haga libres para obedecer con docilidad y ser desprendidos. La virginidad consagrada es una feliz entrega al único amor que unifica la existencia. La docilidad es una completa colaboración para vivir la comunión, que obedece sin trampas ni reservas mentales, que sabe colaborar, porque es muestra de la suprema libertad del amor. El desprendimiento de los bienes para vivir con austeridad compartiendo la vida con los necesitados es la condición del abandono y de la mayor disponibilidad. Este es el camino de la santidad sacerdotal que no tiene atajos, pues ha de estar siempre en tensión de amor dejando que Cristo viva en nosotros. Libraos, pues, de la sutil contaminación de la mundanidad, la comodidad, la sensualidad, el critiquero y el cotilleo que matan la caridad, destruyen la comunión, llenan el corazón de ese desánimo y tristeza que lleva finalmente a la búsqueda de uno mismo y abre la puerta a la rutina, a la mediocridad consentida, al “todo vale” y finalmente a la corrupción.

La vida sacerdotal es eucaristía. La eucaristía nos capacita a los cristianos y a los ministros del Señor a ofrecer la vida como culto agradable a Dios en la medida en que morimos y resucitamos con él. “Estoy crucificado con Cristo; vivo, pero no soy yo el que vive, es Cristo quien vive en mí. Y mi vida de ahora en la carne, la vivo en la fe del Hijo de Dios, que me amó y se entregó por mí” (Gal 2,19-20). Reconoced por tanto lo que hacéis, imitad lo que celebráis, porque así, participando en el misterio de la muerte y resurrección del Señor, lleváis la muerte de Cristo en vuestros miembros y caminais con Él en novedad de vida. No os apartéis ni un sólo día de la celebración eucarística ni de la comunión. Sin morir a nosotros mismos la predicación se convierte en palabrería, la entrega en interés y la caridad en ideología. Habrá veces que nos parezca que “hemos pasado la noche bregando y no hemos cogido nada”; pero, tantas otras que, puestos a la obra, veamos “una redada de peces tan grande que revienta la red”. Entregaos hasta dar la vida por el y por sembrar confiando en el fruto, pero no busquéis el éxito (“éxito” no es palabra cristiana), y no olvidéis que para esta cosecha también cuenta Dios con vosotros. Sois cada uno un grano de trigo que si no cae en tierra y muere, no da fruto (Cf. Jn 12,24-26).

Ejercitad con alegría y sincera caridad la obra sacerdotal de Cristo, buscando solo agradar a Dios y no a vosotros mismos o a los hombres, o a otros intereses. Esta caridad apasionada nos exige asumir de tal modo el evangelio que podamos consolar y curar al prójimo, es decir, hasta sufrir por él. Que esté siempre ante vuestros ojos el ejemplo diaconal de Cristo, Siervo de Dios, que ha experimentado el sufrimiento para salvar a los que sufren en este mundo. Sin cruz no encontrareis nunca al verdadero Jesús, y una cruz sin Cristo no tiene sentido. Seguid el ejemplo del Buen Pastor, que no ha venido para ser servido, sino para servir, no para quedarse en sus comodidades sino para salir y buscar salvar lo que estaba perdido. La caridad nos entrega al sufrimiento de los hombres, siempre necesitados de consuelo, hasta llevar sus cargas y compartir sus aflicciones. La Misericordia, es siempre compasión. Sed, pues, misericordiosos, muy misericordiosos, pero lejos de los tópicos, de la demagogia y del aplauso fácil.

Es el Señor quien os ha llamado uno a uno. Habéis sido elegidos entre los hombres y constituidos a favor de ellos, no en favor propio. En comunión filial con vuestro obispo, comprometeos a unir a los fieles en una única familia, para conducirlos a Dios Padre por medio de Cristo en el Espíritu Santo. Comprometeos a unir a los fieles en una única familia, sed ministros de la unidad en la Iglesia, y nunca de la división.

Desde la barca de la Iglesia, Jesús, por vuestra palabra seguirá enseñando a todos, guiando, consolando y redimiendo el pecado del mundo. Por ello os dice de nuevo, como dijo a Simón: “-«Rema mar adentro, y echad las redes para pescar». El os hará dichosos si con su gracia repetís cada día: Gracias, Señor. “Por tu palabra, echaré las redes”. AMEN.